

D. J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

D. J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

DELIRIUM.

CUADRO TERCERO.

I.

EL PALENQUE DE TRANI.

Apenas las altas cumbres
De algunos montes cercanos
Dora con su luz rojiza
El monarca de los astros,

Cuando entre nubes de polvo
Del uno y del otro campo,
Vense salir á galope
Y armados de punta en blanco,

Hasta veintidós guerreros
Compitiendo en lo bizarros;
Cuyas armas reverberan
Del sol con los puros rayos.

El dios Marte en la apostura,
Sobre un morcillo normando,
Y de los suyos al frente
Va el invencible Bayardo.

De acero un arnés bruñido
Cubre el pecho, y por debajo
Lucir se mira una veste
De terciopelo leonado;

Y á los aires dando envidia,
Sobre el reluciente casco
Se mece, de ricas plumas
Un penacho rojo y blanco.

Detrás vienen La Paliza,
Y d'Aubigny el veterano,
Luis de Ars, Ivo de Alegre,
Hermano de Precy el bravo;

Y los otros cuyos nombres
Mencionar no es necesario,
Porque todos cual valientes
En el lance se portaron.

Viene de la parte opuesta
Al frente de los hispanos,
El buen Diego de Paredes,
Gallardo entre los gallardos.

Cabalga con sumo brío
Sobre un pisador castaño,
Que del suelo cordobés
Fué gala á un tiempo y encanto.

Viste una rica armadura
De Milán, y el duro casco,
De plumas blancas y azules
Sombrea un alto penacho;

La lanza empuña en la diestra,
Y á la siniestra colgando,
Azota el corcel terrible,
Obra de algún toledano,

Aquella espada que fuera
De los franceses estrago,
Y que dió á la patria suya
Tanta gloria y triunfo tanto.

Tras Paredes viene Arturo
Sobre su negro caballo,
Y á nadie en el campo cede
En lo apuesto y lo bizarro.

La impenetrable armadura
Es de acero empavonado
Como el yelmo, al cual no adornan
Ni cimera ni penacho.

La lanza lleva en la cuja,
Y pende al siniestro lado
Una espada cortadora,
Don del ínclito Gonzalo.

Del fuerte bridón las riendas
Rige la siniestra mano
Con esfuerzo, porque al bruto
Estrecho parece el campo;

Y da botes y corbetas,
Y mientras va relinchando,
Los paramentos oscuros
Y el suelo deja bañados

En anchos copos de espuma
Muy más que la nieve cándidos,
Que del freno se desprenden
Cual de las nubes de Marzo

Cae granizo á gruesas gotas
Y destruye los sembrados;
Ó como la espesa nieve
En las cumbres del Moncayo.

Mas Arturo lo domina;
Botes, relinchos son vanos;
Y más que dos, hombre y bruto,
Parecen sólo un centauro.

Cabalga detrás del Conde
En un alazán tostado,
Diego de Vera, el temido,
Prez del suelo castellano;

Y Sotomayor, el fuerte,
En un calabrés cuartago,
En ira ardiendo, galopa
Al lado del buen Pizarro:

Y detrás, los seis que restan
Por Paredes señalados,
Vienen también muy briosos
Y combatir anhelando.

Ya de Trani se descubren
Llenos muros y tejados
De espectadores que ansían
Ver en palenque cerrado,

Y en combate igual, riñendo
Franceses y castellanos,
Por cuál de los dos partidos
Quedará la prez del campo.

II.

EL COMBATE.

Apenas turba los aires
El ronco y marcial estruendo
De las trompetas, se lanzan
Con sonoro clamoreo

Contra los bravos de España
De Francia los caballeros;
Y de polvo espesa nube
Que se levanta al encuentro,

Los envuelve de tal modo
Que por algunos momentos
Queda á amigos y á contrarios
El resultado encubierto.

Mas luego que se disipa
El polvo, á la luz del cielo,
De las sillas arrancados
Por el empuje violento

De sus contrarios, se miran
Tres de los fuertes iberos;
Mas en el opuesto bando
Hay cuatro caballos muertos.

Una vez y otra se embisten,
Y á empezar tornan de nuevo;
Y á los botes de las lanzas,
Y al chocar de los aceros,

En menudísimos trozos,
Cual paja que agita al viento,
Ruedan al suelo confusos
Airones, plumas y veros.

Rotos se ven por mil partes
De malla los paramentos,
Débil reparo á los golpes
De aquellos brazos tremendos:

Y abollados y sin lustre,
De polvo y sangre cubiertos,
De los dos bandos se miran
Yelmos, corazas y petos.

Desde el principio, Bayardo
Y Paredes en el centro
De aquella lid, se acuchillan,
En ira entrambos ardiendo;

Y no hay palabras que basten
En los humanos dialectos,
Á pintar la horrenda lucha
De los ínclitos guerreros.

Mas el uno contra el otro
Cansan en vano su esfuerzo;
Que si es más fuerte el hispano,
Mucho el francés es más diestro.

Y tocando el imposible
De su mutuo vencimiento,
Al socorro de los suyos
Tornan de común acuerdo.

Ya el padre sol del ocaso
Cerca, va palideciendo,
Y debe acabar la lucha
Apenas se haya traspuesto.

Nueve adalides de Francia,
Á pesar de su ardimiento,
Sostienen á pie el renombre
De sus famosos abuelos;

Mientras aun siete cabalgan
De los lidiadores nuestros,
Y al ver que el sol se traspone
Atacan con más esfuerzo;

Y como fieras acosan
De Francia á los caballeros,
De los cuales dos tan sólo
Aun cabalgan como buenos.

Bayardo es uno (no queda
Del otro tanto recuerdo,
Ni importa su nombre tanto
Que nos pese el no saberlo):

Lidian como dos leones
Y tras los caballos muertos
Parapetados los otros,
Pelean con tal denuedo,

Que más ha de media hora
Que el sol no luce en el cielo,
Y el éxito del combate
Está, como antes, incierto.

Mas entonces se aproximan
Los jueces del campo rectos,
Y de franceses é hispanos,
Que en el aire los aceros

Detienen, por cortesía,
Por deber y por respeto:
Puestos de entrambos partidos
Á igual distancia y en medio:

Á Paredes y á Bayardo
De los nuestros el primero,
Y el segundo de los suyos,
Jefes á un tiempo y modelos,

Previo un saludo galante,
Hablóles así el más viejo:
—«Ni franceses ni españoles
Pretender deben el premio

»De la jornada: los unos
Atacando como buenos,
Y como buenos los otros
Sus blasones defendiendo;

»Demostraron hoy al mundo
Con igual merecimiento,
Que dignos son del renombre
De esforzados caballeros.»

Unánimes los dos bandos,
Las palabras aplaudieron
Del Juez, y de la ancha liza
Agolpándose en el medio,

Como hermanos se abrazaron;
Los hechos encarecieron
Unos de otros á porfía
Con ardor caballeresco;

Que por fortuna del mundo,
Aun había en aquel tiempo
El noble espíritu, hidalgo,
Que animó los siglos medios.

Luego (según el cronista:
Como él lo escribió lo cuento):
Los franceses y españoles
En amistoso concierto,

Mano á mano y brazo á brazo,
Á un banquete unidos fueron,
Que en su pro dispuesto habían
Los jueces del campo mismos.

III.

EL CAMPAMENTO.

De Barleta ante los muros,
Y á los rojos resplandores
De mil fogatas, descuellan,
Coronadas de pendones,

Las tiendas del campamento
De los tercios españoles;
Solitarias aquel día
Porque sus habitantes,

Á la llanura de Trani
Dirigiéronse veloces
Casi todos, que ya juzgan
Empañados sus blasones,

Si aquel día al ancho mundo
Los once batalladores
De España, no hicieren bueno
Ante Dios y ante los hombres,

Que los guerreros de Francia,
Lejos de ser superiores,
Ni aun iguales ser consiguen
Á los bravos españoles.

Mas luego que allá en el campo
Los jueces en claras voces,
Declararon que las lises
Y las barras y leones

Con igual lustre quedaban;
Unos gruñendo, conformes
Los más con el resultado
Del caballeresco choque,

Al campo dieron la vuelta
Muy de prisa; que la noche
Tendía ya el negro manto
Del uno al otro horizonte.

Y por fuera de las tiendas
Formando grupos informes,
Al amor del calorcillo
Que los fuegos dan entonces,

Cada cual á su manera
Mientras la cena dispone,
Á éste alaba, á aquél deprime,
De los once lidiadores.

Hay soldado, que á Paredes
Prefiriéndose (el muy torpe),
Dice que él, en lugar suyo
Lograra el triunfo de un golpe.

Otro responde á aquel necio,
Motejándole de zote,
Y de palabra en palabra
Llegan á los mogicones.

Pero todos los del campo
Á la vez están conformes,
En ensalzar las proezas
De aquel extranjero Conde,

Que al campamento ha dos días
Llegó de ignotas regiones,
Y al Gran Capitán pidiera
Por gracia ser de los once.

Quién alaba su figura,
Su franco y airoso porte;
Quien á Marte lo compara,
Y sólo á sí lo pospone.

—«Más me gusta su escudero»—
Grita un tal Pedro de Robles,
Que allí cerca está envasando
Menudos tragos de aloque.

—«¡Calla, bárbaro!—le gritan—
Ya de vino hasta el cogote
Estás; por eso dijiste
Disparate tan enorme.»

Mas Robles, con gran mesura,
—«Lo dicho, dicho—responde:—
No me ha dado el Conde nada,
Y el criado esta bota dióme.»

Y aquí de las carcajadas
De la confusa cohorte,
Que el chiste oportuno aplaude
Aun contra sus opiniones;

Mientras la plácida luna
Por detrás de un alto monte
Sobre hombres y tiendas vibra
Sus plateados resplandores.

IV.

LA TIENDA DEL GRAN CAPITÁN.

Del marcial campo en el medio,
Cual entre arbustos y flores
Descuella la verde palma,
Soberana de los bosques;

Una tienda surge altiva,
Que adornan dos pabellones
Reales: uno las barras
Que conquistó el bravo Conde

Jofre el Velludo, y que insignias
De Aragón son desde entonces;
Ostenta el otro á los aires
Los cuarteles y colores

Alternados, sus divisas
Presenta fuertes y nobles:
Por Castilla, dos castillos,
Y por León, dos leones.